

EL PLAGIARIO

Él me plagia. Él, la estrella del rock, el ídolo de millones, me plagia. Copia mis melodías y las integra en sus largas y barrocas composiciones. A veces ni siquiera son melodías enteras lo que me roba, sino que se contenta con pequeños fragmentos, unos compases, a veces simples giros casi imperceptibles que engarza con precisión de orfebre en la masa dorada de sus exquisitos soliloquios instrumentales.

He dicho “giros casi imperceptibles”, y he hecho bien en señalar ese “casi”, pues tiene una importancia decisiva: aunque cuantitativamente no signifiquen demasiado en el contexto de su producción, resulta que precisamente ese puñado de fragmentos hurtados es lo que hace de su música algo tan especial, lo que hace que su algo monótona y minimalista música colonice los cerebros de sus hordas de *fans* y acabe convirtiéndose en la banda sonora del mundo.

Nada más sacar su sexto disco al mercado le escribí. Le expliqué, lo más educadamente que pude y sin ninguna acritud, que le había descubierto. Le detallé exactamente cuáles eran los plagios y dónde se encontraban con indicación expresa del título del álbum, del título del tema y hasta del segundo donde empezaba la copia. Eso sí, le escribí en castellano, porque yo no sé inglés y tampoco quise recurrir a nadie: no quería que se supiese nada de todo esto hasta que obtuviese alguna contestación.

Al mes aproximadamente recibí una foto dedicada en la que alguien había garabateado a mano mi nombre en medio de la frase “For with love”. No era su letra. Lo sé porque la comparé con la letra de los textos de su quinto álbum, que venían manuscritas por él, según rezaba en los créditos.

He de reconocer que él es mejor que yo. Mucho mejor. En realidad él es un músico magistral, único, mientras que yo soy un pobre aficionado, aunque, y por qué no decirlo, tengo una gran intuición melódica.

Leí esta expresión, “intuición melódica”, en el programa de un concierto de Tchaikovsky, y me gustó mucho, porque nunca había sido capaz de describir claramente mi habilidad musical y, de pronto, ahí estaba: “intuición melódica”.

No sé leer música. De crío, cuando el instituto, aprendí unas cuantas posiciones de las guitarra y con ellas improviso. Voy saltando de una nota a otra sin pensar demasiado en lo que hago, escuchando mi propio rasgueo, cambiando de ritmo al azar, mientras canto con lo que se me antoja fonética inglesa una melodía vaga, aproximativa, indefinida.

Poco a poco algo emerge de mi interior, poco a poco escucho cómo mi voz se hace más firme, cómo el ritmo se asienta y la secuencia de notas se estabiliza. Durante un rato siento una dicha indescriptible, una sensación de plenitud que nunca he alcanzado por otro medio, y sigo tocando y cantando incansablemente aquella recién nacida melodía en un bucle sin fin.

Después, cuando de algún modo el éxtasis remite y recupero el control sigo aún tocando un rato más, pero ahora para saber qué es lo que estoy haciendo. De adolescente, por culpa de la impaciencia de la juventud, perdí muchas buenas melodías por pasar a otra

cosa antes de haberlas fijado en mi memoria. Y es que el proceso de creación es extraño, pues nunca sé por qué he hecho las cosas como las he hecho. Cuando me fijo descubro ya no solo la melodía, sino pequeños detalles de los que solo en ese momento tomo conciencia: un rasgueo, un arpegio, una entradilla de bajos..., arreglos sin importancia pero que le dan personalidad a la composición.

Aunque para arreglos los de él. Son increíbles, precisos, elegantes, emocionantes. Siempre sabe elegir los timbres más adecuados, las armonías más envolventes, los solos más sugerentes. Sus canciones no son simples estribillos con relleno como es hoy habitual: él hace evolucionar los temas, los hace crecer, los presenta como si fuesen un problema sonoro que es necesario resolver y nos ofrece paulatinamente las pistas que nos van a llevar como en volandas a la resolución de la tensión musical creada. Entonces, justo entonces, de un modo sublime, irreprochable, hasta diría que necesario, es cuando introduce mis piezas, mis fragmentos, mis compases.

La canción que más me gusta es *Zarabande*: aunque sea un tópico hasta señalar que lo es, no se puede describir la emoción que sentí la primera vez que la escuché. Con tremenda delicadeza las flautas desarrollan un aire bucólico y alegre bajo el que se adivina un fondo melancólico. Uno se siente transportado a otro lugar, a un paisaje amable y soñado, dulcemente triste. Pronto un *crescendo* casi imperceptible se hace evidente con las incorporaciones de nuevos instrumentos que refuerzan su intensidad y los ruidos del bosque parecen hablar de tormenta. Sin embargo, la tormenta no llega a estallar y en el bosque se abre un calvero en el que un sol oblicuo y rojizo desparrama sus rayos sobre una figura acostada sobre la hierba. Recuerdo perfectamente cómo aquella primera vez, justo en ese instante en que el *crescendo* pareció quedar en suspenso, suplicante, anhelante, la presentí, presentí la frase siguiente, la frase perfecta para culminar y desvelar el misterio, sencillamente porque la frase perfecta ya estaba compuesta: la había compuesto yo.

Y en efecto, allí entró. Solo doce notas, precisas, sublimes. Lo había logrado. Lo había hecho. Nadie podría haber hecho nada mejor con mis doce notas que lo que él había hecho. Lloré.

Un día fui a su compañía de discos. En información, cuando les dije que quería que alguien escuchase unas cintas, tomaron nota de mi nombre y dirección y se quedaron con ellas. La verdad es que no esperaba que me llamasen, pero lo hicieron, y me dieron cita para hablar con el sr. B.

Era un tipo de mediana edad embutido en un traje impecablemente planchado, aunque no muy caro. Llevaba una pequeña coleta de carácter testimonial, pensé. Me invitó a tomar asiento, me ofreció un café, y se aproximó a un equipo de música en el que introdujo una de mis cintas. La escuchamos en completo silencio. Cuando llegó el primero de los fragmentos que él había “tomado prestados” hice una señal, pero el sr. B. me hizo callar con un gesto.

Media hora. Estuvimos media hora escuchando mi música. Dado que no las arreglo demasiado, mis composiciones no suelen durar más de un minuto o minuto y medio, lo justo para cantar la melodía un par de veces, una vez con rasgueo y otra con acompañamiento de arpegios. Media hora, es decir, unas veinte o veinticinco melodías.

- Sinceramente –dijo el sr B.- no está mal, hay alguna frase pegadiza, pero usted comprenderá que está casi todo el trabajo sin hacer, que esto no son más que puntos de partida, prometedores algunos, sí, pero puntos de partida que hay que

arreglar, instrumentar, en fin, luego la producción, no sé, si usted trajese algo más elaborado, entonces...

- Es que yo no quiero grabar -le interrumpí-. Ni siquiera sabría por dónde empezar. Lo que quiero es que se reconozca la importancia de mis pequeñas melodías en su obra –le dije mientras señalaba una foto de él que colgaba sobre la pared del equipo de música.

Se puso rojo. Sofocado y sin dirigirme la palabra llamó a los de seguridad, que treinta segundos después me echaban a la calle.

Es frecuente que en las revistas musicales, cuando hablan de él, le califiquen de genio. Cuando leo semejante cosa me pregunto si será mi obra una obra de arte de primera magnitud. En tal caso, quizá algún día, tras mi muerte, cuando alguien descubra la verdad, mi nombre se hará célebre. Mi pensamiento será analizado, estudiado y mi vida investigada. Se urdirán narraciones acerca de mi persona y se me admirará y envidiará. Yo seré uno de ellos. Un genio.

Sin embargo, no lo soy. Realmente no lo soy. No me siento un genio. ¿Cómo sabe uno que es un genio? Yo, la verdad no me siento así, no me siento especial. Pero, ¿y ellos? ¿Se sintieron genios? En la intimidad, más allá del halago, más allá de la vanidad, ¿se sintieron especiales?, ¿se sintieron realmente distintos?

Hace poco hablé de todo esto con un matemático, un tipo extraño. Se me acercó en la cafetería donde acostumbro a desayunar los domingos y nos pusimos a hablar. Aunque demasiado inquisitivo, la verdad es que resultaba muy agradable hablar con él, y sin saber cómo acabé contándole mi afición musical y el placer que me producía componer pequeñas melodías.

Me dijo cosas curiosas. Me dijo, por ejemplo, que para los bretones no hay creación, sino memoria. Me contó que para otros la creación no es más que combinatoria y selección, y que según ellos el creador lo único que hace es escoger entre las distintas alternativas que le ofrece el azar. Me explicó que nuestro cerebro realiza buena parte de su trabajo en *background*, elaborando en el nivel inconsciente el material que el consciente le suministra, y que esa es la explicación de los *eureka*s, de los momentos de iluminación que todos experimentamos cuando encontramos sorpresivamente, la solución de un problema.

Todo aquello era muy interesante: era verdad que aquello del azar y la selección se parecía mucho al modo en que yo buscaba mis melodías, y ciertamente mis hallazgos tienen mucho de *eureka*. Sin embargo, seguía sin explicarse por qué la creación es tan rara, por qué solo unos pocos son capaces de crear obras realmente sublimes.

- Cierto. ¿Y usted? ¿No imagina dónde está la clave? ¿No tiene una teoría?
- No, ni idea –le contesté.

Al escuchar esto el matemático pareció profundamente decepcionado, como si realmente tuviese esperanzas de que yo le pudiese dar las respuestas que buscaba. Miró su reloj y farfulló algo de una cita y se despidió de mí. Estaba saliendo de la cafetería cuando se paró en seco, se acercó de nuevo y me dio una tarjeta: “si algún día se le ocurre algo, llámeme”.

Yo, la verdad, no soy demasiado listo. Si lo fuese no hubiese tardado años en hacerme una pregunta crucial: ¿cómo lo hace?, ¿cómo me copia?, ¿cómo llegan a sus oídos mis melodías? No puede haber mundos más separados que el suyo y el mío. Él, refinado,

culto, músico, inglés; yo, un don nadie que vive en cualquier sitio, habla castellano y tiene una guitarra con el mástil algo doblado.

Sin embargo, el hecho es que una conexión existe. Y lo suficientemente estable como para haberse mantenido durante años. Lo confieso: aquel pensamiento me hizo ponerme un poco paranoico. Sospeché de todo el mundo, de los vecinos, de los operarios de las compañías de la luz, del gas y del agua, de los repartidores de propaganda, de todos. Busqué micrófonos en todos y cada uno de los rincones de mi piso, forré una habitación de corcho, me mudé.

Pero todo fue en vano. Disco tras disco él siguió incorporando a sus composiciones mis queridos fragmentos, mis pequeñas piezas musicales. Nunca descubrí al topo, nunca hallé la más mínima pista, y me rendí. Quizá todo empezó con una simple casualidad, una cinta perdida, un vecino fugaz. Y ahora, y desde hace muchos años, él es alguien demasiado poderoso para que yo pueda crear mi música a salvo de sus insaciables oídos.

En cualquier caso, y este es un pensamiento que solo la madurez de los años me ha proporcionado, lo peor que me podría pasar es que él no me escuchase: eso significaría que mi música moriría nada más salir de mi patética guitarra. Él la engrandece, él la viste como merece, le da el brillo que yo jamás hubiese podido proporcionarle. Mis melodías, mis pequeños fragmentos, se han reproducido por millones gracias a él, y han alcanzado a través de las ondas los rincones más alejados del globo. Mi música es universal. Mi música es eterna. Gracias a él. Ya no me importa que mi nombre se pierda. Qué mas da. Lo mejor, lo único que hay en mí de valioso, está a salvo con él.

Debo decir que me siento muy orgulloso de nuestra música.

Debo decir que me siento muy orgulloso de él.

Alberto

<http://sector17.epsilon.com>